

EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 7 de Agosto de 1879.

Nuestro querido amigo D. Miguel Moya, publica en el *Liberal* del 5 la siguiente carta, que con gusto reproducimos, por rectificarse en ella algunas de las apreciaciones, que la impresion del momento, hizo apareciesen equivocadas. Agradecemos en mucho las cariñosas frases que dedica á Cartagena, y guardamos del escritor y del amigo un halagüeño recuerdo.

CARTAGENA.

Agosto 3 de 1879.

Sr. director de *El Liberal*.

He oido referir que la noche del dia en que la fragata *Aragon* se botó al agua, ya muy tarde, cuando el ingeniero jefe señor Berros se retiraba del teatro, encontró en el arsenal, lo más cerca posible del sitio donde la fragata estaba anclada, algunos hombres que la miraban con mudo entusiasmo y en esa actitud triste en que se despiden de un hijo que se va á conquistar honores y gloria, pero que se va. Eran los maestros que la habian construido. Preguntéles qué hacian allí á tales horas, y ellos le respondieron con las lágrimas en los ojos: "venimos á decirle ¡adiós!"

Yo no quiero despedirme tampoco de Cartagena, sin saludarla con entusiasmo. No quiero despedirme sin dirigir una última mirada á aquellos castillos grandes, inmensos, formidables que la circundan encadenando el mar á sus pies y sometiéndole y dominándole; sin admirar entusiasta aquel hospital de la Caridad que la limosna sostiene, y podría servir de modelo á iguales fundaciones del Estado, sin recordar aquel rico arsenal que tantos medios tiene para dotar á la patria de excelente marina, si los gobiernos menos olvidado y más protegido lo tuvieran; sin elogiar la gracia de aquellas cartageneras de ojos negros, andar airoso, color trigueño, hermosas y elegantes que todo lo embellecen y alegran; sin agradecer, en fin, la amabilidad extraordinaria de que la prensa madrileña ha sido objeto, y que bien merece recuerdo cariñoso.

La prensa de Cartagena, la marina representada por los Sres. D. Bernardo Berros y D. Salvador Sanz Andino, las autoridades, los directores de los establecimientos públicos más notables, todo el mundo ha rivalizado en el deseo de demostrar sus simpatías á los periodistas madrileños. El Sr. D. Enrique Soto, empresario del teatro del Circo, inmediatamente que tuvo noticia de nuestra llegada, puso á nuestra disposición para el tiempo que residieramos en Cartagena su propio palco.

Estas consideraciones bien merecen nuestra sincera gratitud; la importancia y el engrandecimiento de Cartagena bien merecen que el gobierno la favorezca con reformas y mejoras que si há tiempo necesita, hoy urgen imprescindiblemente.

Hace falta que se proteja la marina, dotándola de edificios que sustituyan á los poco cómodos é inservibles en que hoy tiene establecidas algunas de sus dependencias; hace falta activar las construccio-

nes del arsenal, aumentando el número de operarios que en él trabajan y enriquecer sus talleres de maquinaria con la adquisicion de los modernos inventos que hoy se emplean en el extranjero para la construccion de buques; hace falta que, por iniciativa del municipio ó por una empresa en que tomen parte los grandes capitalistas de Cartagena, se lleven á dicha poblacion aguas potables, de que hoy desgraciadamente carece; hace falta que la industria minera, base principalísima de la riqueza de Cartagena, se desarrolle y prograse; hace falta, en fin, que la muralla que aún conserva señales del último sitio, desaparezca para que la ciudad se ensanche, se mejore y se embellezca con hermosos paseos y nuevas edificaciones.

Pensando en todo esto llego á la estacion, entro en un coche, el tren se pone en marcha, y poco á poco Cartagena se pierde á la vista, como avergonzada de que hagamos de ella los elogios que ha de tributarle en justicia todo el que la visite.

Recorremos las mismas estaciones que á nuestra venida; pero ya no hay discursos de alcaldes que anotar, ni música en Hellin que no oír. Nos dicen que al ministro le sucedió lo mismo, y no es extraño. Los conservadores liberales solo oyen el bombo á la ida. A la vuelta... Pero ya estamos en Madrid.

Moya.

MISCELANEA.

EL PERRO DEL HULANO.

De un curioso y ameno libro que con el título *La Historia natural en accion* acaba de publicar en París el marqués de Chateville, extractamos el siguiente episodio:

Recordando que durante la última guerra los hulanos se apoderaban de cuantos perros encontraban al piso, aumentando con ellos la colleccion que llevaban de su país, cuenta el marqués que tuvo alojado en su casa á un capitán al cual acompañaba un magnífico mastín:

«Su nombre, añade, os chocará como á mi, porque generalmente en Francia solo suele aplicarse á las perras: su amo le llamaba *Diana*.

En vano traté de demostrarle el error que padecía.

—*Tiana* es la tiosa de la caza, decía: mi perro es el *tios*.

Y contemplando al animalito con entusiasmo, añadió:

—¡Oh! *suplime, suplime* mi *Tiana*.

El perro y yo llegamos á ser buenos amigos, gracias á mi generosidad.

Tres semanas despues de partir los hulanos de mi casa, me vi, como individuo de la Cruz Roja, obligado á recorrer un campo de batalla donde yacian muchos muertos y heridos. De pronto me llamó la atencion el ladrido de un perro. Me acerqué á él y reconocí á mi antiguo huésped, aunque muy flaco y derren-

gado. Con sus patas habia removido la tierra logrando desenterrar la cabeza de su pobre amo que habia sido una victima del combate, y el animal lanzaba unos gemidos que revelaban su dolor.

Me acerqué á él y su cola me demostró que tambien me habia reconocido.

Le acaricié, até una cuerda á su collar, y despues de vencer su resistencia, logré que me siguiera.

Dos horas despues caminábamos con direccion á Chartres, Diana, mi criado y yo. Por desgracia el coche que llevábamos no habia sido construido para contener perros del calibre de una ternera de tres años, y nos vimos obligados á plantarle de patitas en el camino.

El animal comenzó á trotar detrás del carruaje; pero no podia seguir el paso del caballo y le perdí de vista.

Mande parar, aguardé diez minutos, y no viéndole, resolví continuar la marcha.

Al cabo de algun tiempo me sacó de mis meditaciones la voz de mi criado.

—Señor, me dijo; el perro, mire V. el perro.

En efecto, era Diana; pero venia con equipaje; traia en la boca un magnífico pato, que sin duda alguna habia escamoteado en un caserío delante del cual habíamos pasado poco antes.

Me apoderé de su presa, y en la primera aldea entregué el pato, con órden de que se le devolviera á su dueño.

Mientras que daba á un campesino las instrucciones necesarias para que realizara mi deseo, sentí algo que se frotaba en mis piernas: miro y era Diana, que en un dos por tres se habia apoderado de un par de boteguies, casi nuevos, y que me miraba como esperando una caricia por el regalo que me ofrecia.

Entonces comprendí porque su antiguo amo le habia calificado de sublime, y me expliqué la aficion de los hulanos á los perros; los animalitos, animados de su espíritu, contribuian á desbarrar á los enemigos proporcionando á sus dueños alimentos, vestidos, cuanto podian necesitar.

Diana podia ser mal cazador, pero era un toma tor de primera.

Como mi objeto al recogerle no habia sido destinarle á la rapiña, le até á la zaga del carruaje; seguimos el viaje, y al aochecer llegamos á una aldea en cuya posada debíamos pasar la noche.

El caballo fué conducido á la cuadra, donde ya habia una vaca, y al perro se le colocó entre los dos animales, atándole para que no hiciera de las suyas.

Yo estaba muy cansado; cené, y me dormí.

A media noche me despertó un ruido extraño, en medio del cual me pareció distinguir los aullidos de un perro; pero como el ruido cesó de pronto, di media vuelta y volví á coger el sueño.

Por la mañana cuando salí de mi cuarto, noté que mi presencia produjo cierta turbacion al posadero, á los mozos y hasta á mi mismo criado.

Entré en la cuadra, no vi á Diana, y al preguntar por el perro, el posadero me hizo una seña y me llevó sigilosamente á su cuarto.

—Lamento mucho lo que ha pasado, me dijo; pero no ha sido culpa mia. Además; para indemnizar á V. por la pérdida del perro, estoy dispuesto á dar á V. una buena parte de la vaca.

—¿Una parte de la vaca? exclamé yo sorprendido y asombrado.

—Si, señor. Verá V. lo que ha pasado, yo se lo contaré. Anoche, á cosa de las once, llegó á la posada un prusiano sin fusil, que por lo visto habia salido en busca de provisiones y llevaba una vaca á su campamento de Nogent. El pobre diablo se habia perdido, no sabia como llegar, y ya ve V., no era cosa de despreciar la ocasion que se nos presentaba de quitar de enmedio á un enemigo. ¡El deber... el patriotismo!

—¡Bien! ¿Y la vaca? añadió yo, no pudiendo ocultar la indignacion que produjo en mi alma aquel acto de cobardia.

—Pues nada... ocurrió que cuando uno de los mozos echó un nudo corredizo al cuello del hulano, que dormia en la cuadra, para extrangularlo, el maldito perro de V. dió un salto, rompió la cuerda, y para defender al tunante del prusiano cayó sobre mi mozo y se agarró á su cuello de tal modo, que si tardamos un momento lo extrangua á su vez.

Como ladraba, y las patrullas enemigas pasaban sin cesar delante de la puerta de la posada, no tuvimos más remedio que coger las horquillas, y á fuerza de golpes y pinchazos le matamos. ¡Qué habíamos de hacer! Entre un perro y los que estábamos en la posada, que corriamos peligro de ser fusilados si se descubria el ajo, no habia que vacilar. Cualquiera habria hecho lo propio: pero no se apure usted la vaca que traia el prusiano se quedó por acá, y yo le daré á V. como es justo y legal, un buen pedazo de ella, que lo menos, lo menos, valdrá 100 escudos.

—Muchas gracias, guárdela V. entera, le dije con el corazon oprimido, ese perro no era mio; pero vá V. á cavarle una fosa, porque merece ser honrado, por lo menos, como los que mueren defendiendo su bandera.

Hasta aqui el relato, que es una